

***«No se acabará la harina en la tinaja,
no se agotará el aceite en la orza»***

(1 Reyes 17, 14)



Carta nº 1

A la congregación

Sobre la aplicación del 34 Capítulo general

*“Porque así habla Yahveh, Dios de Israel:
No se acabará la harina en la tinaja,
no se agotará el aceite en la orza”
(1 Reyes 17, 14).*

INTRODUCCIÓN

Queridos hermanos y hermanas

He elegido deliberadamente esta fórmula común, Queridos “hermanos y hermanas”, para presentarles esta carta que tienen en las manos. Sí, es una carta. La estaban esperando quizá, pues aquí la tienen, va dirigida a ustedes, a toda la familia, laicos y religiosos, aunque el contenido parezca afectar más a los religiosos.

Un hermano me hacía la siguiente pregunta: ¿para cuándo, su primera carta a la Congregación? Yo sabía que tenía que hacerlo, pero aún no era el momento. Ha pasado bastante tiempo desde que se me hizo aquella pregunta hasta que acometí la redacción. Así desechara la idea de simplemente cumplir una tradición, hasta sentir realmente la necesidad de comunicar algo que me saliera del corazón. Porque no quería que fuera algo sacado “de la biblioteca”, sino de la vida cotidiana, que nos plantea ciertos retos y nos interpela.

Sin duda habrán leído mis primeras intervenciones en diversas formas. Desde mis primeras palabras (más o menos estructuradas) como Superior General, y observarán una preocupación que llevo muy en el corazón: ¿de qué estará hecho el mañana? Esta pregunta está muy presente en mi oración y en mi pensamiento, y aparece también, bajo diversas formas, en los encuentros y conversaciones que he mantenido con algunos de ustedes.

Algunas veces, cuando me dirijo a un religioso (sobre todo a los que ejercen alguna responsabilidad), no dejo de preguntarle por otros hermanos de la comunidad o de la entidad donde vive. A veces recibo respuestas en las que leo lo siguiente: “*Aquí, todos los hermanos están bien y asumen con buen ánimo sus respectivas misiones*”. Pueden fácilmente imaginar la alegría que me invade cuando leo un mensaje así. Por eso, mis oraciones no son sólo de petición, sino también de acción de gracias. Si se han preguntado cómo pueden ayudar al Superior General en su misión, tal vez ésta sea la manera de hacerlo: asumiendo con valentía la misión que se les ha confiado. Gracias de antemano a quienes ya lo están haciendo. Pero, como saben, el momento que vivimos no nos depara regalos.

No quisiera empezar esta carta diciéndoles que tenemos “grandes problemas” que resolver. Pero tampoco quisiera inducirles a pensar que no hay preguntas serias que hemos de hacernos. La realidad, que ya mencioné en mi editorial del primer número de *AA-info*, no cesa de alimentar las crónicas de nuestro tiempo, a veces con pronósticos fatalistas.

Nuestra Iglesia atraviesa tiempos convulsos. La inestabilidad del mundo afecta a todos los estratos de nuestras sociedades, y vivimos en una constante incertidumbre sobre el mañana. Nuestra Congregación no es una excepción. Y todo ello, en una coyuntura en que hablamos de “*cambio en el centro de gravedad de nuestra Congregación*”¹. No ignoran lo que esto significa y las consecuencias e inquietudes que pueden derivarse de ello. El miedo ha penetrado al interior de nuestros muros. ¡Y por qué no! Aunque sea un temor legítimo, he querido escribirles para advertirles de la parálisis que de ahí podría seguirse.

Haciendo uso del relato del profeta Elías y de la viuda de Sarepta (1 Re 17, 7-16), y tomando como título de esta carta la promesa

¹ Actas del 34 Capítulo General n. 71.

profética que en él se expresa, quisiera que nos animemos a vivir una fe, una esperanza y una caridad más valerosas y movilizadoras.

No pretendo ofrecerles recetas prefabricadas, pero sí deseo provocar un discernimiento personal y comunitario que nos estimule a proseguir nuestro “caminar juntos” en la vida y en la misión, sin dejarnos paralizar por las situaciones. Pero, por supuesto, eso requiere actitudes coherentes y una toma de conciencia nueva. *“Corren malos tiempos, los tiempos son difíciles, dice la gente. Vivamos bien y los tiempos serán buenos”*². Estas palabras de San Agustín son el ‘hilo de Ariadna’ de mi mensaje. ¡Feliz lectura!

² San Agustín (*Sermones* 80, 8).

I. DE CARA A LA REALIDAD

Cuando, en una conversación informal, alguien finge ignorar completamente una situación que debería conocer, los hispanohablantes utilizan la expresión “*No te hagas*”, que puede traducirse como “No finjas”. A veces, ante ciertas realidades, ocurre que fingimos no estar informados, no estar afectados, no estar interesados – peor aún, las ignoramos sin más. Y, sin embargo, hay ciertas realidades que, por su importancia, deberían ocupar deliberadamente un lugar muy especial en nuestras reflexiones, nuestras oraciones y nuestro empleo del tiempo.

I.1 Este mundo creado por Dios “se calienta”

El mundo en que vivimos presenta una serie de situaciones y desafíos no siempre fáciles de comprender. Mi intención al hablar de este mundo que “se calienta” no es ofrecerles una explicación ni alarmarles inútilmente. Hay expertos que ya lo han hecho y que siguen haciéndolo. Además sería demasiado atrevido por mi parte. Si vuelvo sobre algunas de estas cuestiones, mi objetivo es considerar estas situaciones en nuestras vidas y en nuestras respectivas misiones, aunque sea difícil comprender exactamente lo que está ocurriendo. El 34 Capítulo General de nuestra Congregación nos ha enviado a anunciar la esperanza del Evangelio precisamente a nuestros hermanos y hermanas que viven de cerca las consecuencias de estas situaciones.

Muchos expertos y pensadores escriben ensayos y ofrecen pautas para entender la sociedad actual. La situación geopolítica y medioambiental nos concierne a todos, y es importante evitar la tentación de creer que no es nuestro problema. El Papa Francisco es claro sobre este punto. Cree que todavía se puede hacer algo, que la Iglesia puede desempeñar un papel muy importante en la sensibilización y el liderazgo para una nueva conciencia, y que incluso los pequeños gestos cuentan. ¿Quién no recuerda su primer viaje fuera de Roma a la isla de Lampedusa (julio de 2013)? Una

señal clara de su opción radical por defender a los que sufren, a los más vulnerables y a los excluidos de la sociedad.

Durante el Capítulo General me agradó constatar que nos sentíamos interpelados y afectados por lo que ocurría en el mundo. La guerra entre Rusia y Ucrania movilizaba a los medios de comunicación. El Papa lo mencionó en su discurso cuando nos recibió en audiencia. Y para concretar aún más nuestra reflexión y nuestro deseo de hacer algo, el Capítulo había animado a la Provincia de Europa a iniciar una reflexión sobre las condiciones de posibilidad de una refundación en Ucrania (Actas del 34 Capítulo n. 47).

Pues les animo a que adopten este mismo enfoque a distintos niveles de reflexión. Es decir, a esforzarnos por llegar siempre a orientaciones concretas para no quedarnos en consideraciones puramente emocionales y teóricas. En su momento vi cómo, en la Provincia de Europa, el Provincial nos pidió que emprendiéramos acciones concretas en línea con la *Laudato si'*. Esto dio lugar a gestos que ahora forman parte de las prácticas diarias en ciertas comunidades.

Ante la multiplicidad de situaciones y desafíos, siempre existe la tentación de caer en la resignación. Sin embargo, frente a un mundo dividido y todavía desgarrado por conflictos aquí y allá, con regiones en las que esto ocurre desde hace años (como la R.D. del Congo, África del Oeste y muchos otros lugares), frente al número de desplazados que no cesa de aumentar por diversas razones, frente a las tensiones políticas debidas a posicionamientos geopolíticos subyacentes, frente a las consecuencias de un calentamiento global que no puede dejar de inquietarnos, nosotros queremos ser artesanos de paz y de unidad, y trabajar por la integridad de la creación.

En un videomensaje, el Papa Francisco habla de las diversas crisis que afectan a nuestro mundo y a nuestras sociedades, y llama a todos a tomar en serio la situación: “*De luna crisis no se sale igual: o salimos mejores, o salimos peores*”, decía. Reconoce que es una

tarea compleja, por lo que hay que ser honestos y coherentes en nuestros planteamientos.

No descuidemos los pequeños esfuerzos que podemos aportar. Si resultan insuficientes ante la magnitud y la envergadura de los daños, no dejan de ser una señal de concienciación a partir de la cual se pueden tomar otras iniciativas, tal vez incluso más eficaces. No debemos minimizar el poder de los “pequeños gestos” en nuestras comunidades, aunque en lo inmediato no tengan un efecto cuantitativo notable, porque contribuyen a poner en marcha grandes procesos de transformación que operan desde lo más profundo de la sociedad (*Laudate Deum* n. 71).

“¿Adónde vamos? Muchos se preguntan esto, tal vez incluso con cierta ansiedad. Cuando uno lee los periódicos y sigue los medios de comunicación, puede, con razón, sentirse amedrentado. Pero éste es nuestro mundo: “*¡Tanto amó Dios al mundo!*” (Jn 3,16). Por eso nosotros estamos llamados a amarlo. En este mundo, amado por Dios, es donde estamos llamados a vivir, y al que estamos llamados a anunciar la esperanza. Dichosos nosotros si vivimos esta misión con alegría. Ahora bien, la Iglesia, que a pesar de todo debe desempeñar un papel de liderazgo para hacer frente a la situación, también está en crisis.

I.2. La Iglesia a la que amamos está en crisis

Nuestra Iglesia, llamada a ser “la sal de la tierra y la luz del mundo”, está en crisis. No se puede decir de otro modo. Y, sin embargo, está llamada a ser el candelabro de la esperanza. Tengo un sobrino que no es católico, pero desde hace algún tiempo me reenvía mensajes de WhatsApp sobre lo que ocurre en la Iglesia (católica), y siempre es para preguntarme si el mensaje es auténtico. “¿Es verdad, esto?”, me pregunta una y otra vez. Yo había pensado incluso pedirle que dejara de reenviarme mensajes así, pero ¿por qué impedirselo?

Es grave la crisis abierta por la revelación de los abusos cometidos en la Iglesia y por la toma de conciencia de las necesarias reformas

en muchos aspectos de la vida eclesial que de ello se derivan. Varias Conferencias Episcopales y de Religiosos y Religiosas han acometido la tarea con seriedad, pero la magnitud de la situación sigue siendo inquietante.

Es cierto que, a lo largo de la historia de la Iglesia, podemos constatar que cada época ha experimentado una cierta crisis. Pero la crisis de hoy impone su rúbrica en los medios de comunicación e incluso en las conversaciones de quienes hace unos años se mostraban indiferentes o desinformados. Hoy, un mensaje del Santo Padre desde el Vaticano resuena hasta en la aldea más remota del planeta. Esto es bueno. Pero también, con la misma rapidez, se difunde la información sobre los abusos sexuales y otros comportamientos reprensibles.

Esta crisis que atravesamos como Iglesia no sólo causa dolor, sino también cierta confusión en algunos, desánimo en otros, e incluso rebeldía en otros. En nosotros, hijos de Manuel d'Alzon, esta situación debe redoblar nuestro amor a esta Iglesia, nuestra Madre. En una carta a su amigo Montalembert, Manuel d'Alzon, hablando de un odio hipócrita por parte de los enemigos de la Iglesia, le pedía que renunciara a sus dolores particulares para abrazar los grandes dolores de la Iglesia, porque bastaban para llenar todo su corazón (carta a Montalembert desde Roma, marzo de 1834).

¿Cómo no vamos a sentirnos profundamente conmovidos por lo que está sucediendo? Somos herederos de Manuel d'Alzon, para quien la causa de la Iglesia era una de las cosas innegociables. *“El amor a la Iglesia, la defensa de sus derechos, el estudio de sus enseñanzas, la santidad de sus miembros, la extensión de sus límites, he ahí mi meta, ya que al consagrarme a la Iglesia me consagro a la obra por excelencia de Jesucristo”*. (E.E. p. 622) ¿No es éste un buen momento para recordar que somos hijos y herederos de un fundador que amó a la Iglesia de todo corazón?

Los momentos difíciles han de afrontarse con serenidad, porque pueden conducir al crecimiento espiritual. Según cómo los gestionemos, pueden ser un punto de inflexión para lo mejor o para

lo peor. Cuando nuestro fundador, Manuel d'Alzon, pasó por lo que él llamaba su 'vía crucis', a causa de una repentina y grave enfermedad, ello fue también para él ocasión de una 'conversión espiritual'. Uno de los frutos de aquella situación fue nuestro *Directorio*, redactado durante ese tiempo de sufrimiento. Sin duda recordarán su correspondencia con la Madre María Eugenia: *"Permítame confesarle que mi enfermedad me hace mucho bien y, al tiempo que ruego a Dios que me libre de ella, le doy gracias por haberme hecho comprender tan bien por este medio que sólo debemos apoyarnos en su fuerza en todas las cosas humanas y sobrenaturales"*. (Carta a María Eugenia, 15 de enero de 1856). *"A fin de cuentas, mi estancia en Lamalou me ha resultado muy útil. No hablo sólo de mi salud, que parece tomar un rumbo bastante bueno, sino sobre todo para mi alma, que descansa, se apacigua y que, en sus largas horas de soledad, siente la necesidad de volver a ponerse, cada vez un poco más, bajo la mano de Dios"*. (Carta a María Eugenia, 12 de junio de 1856)

La crisis actual revela divisiones incluso en el interior de la Iglesia. Nos pide que abramos los ojos para ver y los oídos para escuchar y oír la llamada a discernir los signos de los tiempos. Aprovechemos este período de crisis como una oportunidad de cambio y de esperanza. Como en todo proceso de cambio, es necesaria una conversión. El Capítulo General nos ha llamado a vivir esta conversión: *"El Reino de Dios se ha acercado a nosotros. Su venida nos invita a estar atentos a los llamados del mundo y nos impulsa a varias conversiones para hacer llegar el Reino de Dios"*. (Actas del Capítulo General, n.1). Sí, existimos para "el advenimiento del Reino de Dios en nosotros y alrededor de nosotros". Este llamado a la conversión no se dirige a los demás, sino a nosotros. ¿En qué punto nos encontramos, de este camino de conversión a nivel personal y comunitario?

I.3 Nuestra Congregación no está exenta

He decidido volver sobre la realidad que atraviesan el mundo y la Iglesia nuestra madre: es un tránsito obligado para que nos

preguntemos cómo nos interpelan estas situaciones, al mismo tiempo que miramos de frente a nuestras propias realidades como Congregación. Sin repetir lo ya subrayado acerca de las diversas crisis que afectan a la vida religiosa en general, quisiera detenerme ahora en el caso de nuestra Congregación, sin pretender ser exhaustivo ni retomar lo que ya se ha dicho. Mi predecesor, el P. Benoît Grière, en su informe al 34 Capítulo General, ya hablaba de la fragilidad de las antiguas Provincias, de la fragilidad de las jóvenes realidades asuncionistas, de la falta de recursos económicos para las jóvenes Provincias, del reto de la vida comunitaria y de la vivencia de los votos, etc. También evocaba repetidamente la cuestión de mejorar la puesta en común de los bienes.

Desde hace sólo unos meses, he participado en tres grandes reuniones de Superiores Generales, a distintos niveles y en circunstancias diversas. Después de hablar y escuchar a algunos de ellos, tengo la impresión de que otras congregaciones experimentan las mismas dificultades. Por el momento, sólo mencionaré cuatro de ellas (sin desarrollarlas), porque son mis grandes preocupaciones, sin subestimar, por supuesto, la importancia de las demás cuestiones.

Parece que, en un pasado aún reciente, la presencia de una comunidad religiosa – o mejor: de los religiosos en un barrio o en un pueblo – era visible. No sólo por un edificio y por unas obras, a veces impresionantes, sino sobre todo por un estilo de vida que hacía que se hablara de ellos. Eran, en cierto modo, lo que Jesús había querido, es decir, *“la sal de la tierra y la luz del mundo”*.

Opciones preferenciales por los excluidos y los enfermos, pero sobre todo un estilo de vida coherente con lo que decían de sí mismos. Hoy en día, la mayoría de estas obras sociales o actos heroicos de caridad los llevan a cabo los gobiernos o las ONG. ¿Qué nos queda a nosotros? Tal vez, esencialmente, confirmar en la fe a los hermanos y hermanas que nos rodean y ser testigos de los valores cristianos a través de nuestra vida personal y comunitaria. En resumen, se trata de aceptar el desafío sobre la pertinencia de nuestra vida asuncionista.

El segundo aspecto que quisiera subrayar es el del liderazgo. Se habló mucho del elevado número de “capitulares primerizos” en el último Capítulo General. ¡Y yo era uno de ellos! Hoy, son las generaciones más jóvenes las responsables de la formación y del gobierno de nuestra Congregación. Esto es bueno, ciertamente. Pero, al mismo tiempo, descubrimos que son muy pocos los que están preparados para este tipo de responsabilidades. Más de un Provincial nuestro ha tenido que ejercer un tercer mandato: no es buena señal, algo no va bien. Por eso, con nuestro agradecimiento a las generaciones más jóvenes que asumen con valentía y fidelidad sus responsabilidades, en Consejo General ordinario hemos decidido acompañarles. Espero que lo hagamos bien.

En el Capítulo General, se trató ampliamente la cuestión del “*carácter misionero de la Congregación*”. Este es el tercer aspecto que quisiera destacar. Evocamos la “fibra misionera” asuncionista, que es continuación de la “fibra espiritual” que ya ha sido objeto de una ficha anexa a nuestra *Ratio*³. ¿Cómo despertar, formar y acompañar a una nueva generación de misioneros apasionados? En 2019 hubo una sesión en Roma sobre la relectura de la experiencia misionera que emitió una serie de recomendaciones, y me gustaría que todos los religiosos las tomaran en serio. Estas conciernen no sólo a los que van lejos, sino también a los que participan en esta misión acogiendo a los que llegan⁴.

Como saben, en la formación se deben tomar en serio las cuestiones relacionadas con la pertinencia de nuestra vida personal y comunitaria, con un liderazgo eficaz y con la movilización para la misión de la Congregación. Éste es mi último punto. Nuestra formación inicial y permanente está orientada hacia la vida y la misión. La Congregación está invirtiendo mucho en la formación. Ya están previstas varias sesiones para formadores. Y no es por

³ Cf. *Ratio Institutionis* - Apéndice 1.

⁴ Las actas de esta sesión pueden consultarse en el sitio web de la Congregación, sección: <https://www.assumptio.org/fr/documents> (pestaña “Fibra misionera”).

falta de iniciativa o de propuestas para otro tipo de sesiones por lo que nos hemos centrado en la formación para los próximos seis años: es una opción. Y esta opción viene motivada por la importancia que damos a esta preparación para la vida y la misión. Si no lo tomamos en serio, corremos el riesgo de dejar que se incrementen los signos de fragilidad, que ya son preocupantes.

I.4 La fragilidad como condición de lo humano y de toda estructura

Quisiera concluir esta primera parte, dedicada a presentar la realidad, insistiendo en la fragilidad que caracteriza no sólo al ser humano, sino también a las estructuras y a todo el quehacer humano. Queremos seguir viviendo y proclamando la esperanza del Evangelio, pero la vida nos pone frente a nuestras fragilidades. ¿Cómo reaccionamos nosotros? Aceptar la realidad de la fragilidad es doloroso a veces, pero hay que hacerlo. Quizá sea el primer paso hacia una vida serena.

Incluso con nuestra fragilidad, podemos aportar un nuevo dinamismo a la vida y la misión de esta Iglesia, nuestra Madre, y de nuestra familia religiosa. No se trata de intentar salir de este estado de fragilidad, ni de intentar combatirlo, sino de aceptarlo para que esta aceptación nos lleve, según Jean-Louis Chrétien, a una especie de elevación hacia otra dimensión de la vida⁵. Debemos ser conscientes de que siempre será difícil afirmar que esta cuestión (de la fragilidad) está resuelta y que podemos pasar a otra cosa. Se trata más bien de abrirnos camino hacia una vida feliz y enriquecedora, a pesar de las pruebas y realidades que vivimos hoy.

Seremos infelices si la fragilidad y la vida vulnerable nos paralizan hasta el punto de no querer seguir viviendo. Aunque la vida se vuelva difícil y los esfuerzos que hagamos no parezcan producir el

⁵ Jean-Louis Chrétien, *Fragilité (Fragilidad)*, Éditions de Minuit, 2017, p. 137.

resultado esperado, sigamos dilatando nuestro deseo de verdadera fraternidad, de auténtica santidad, de justicia efectiva y de paz. San Agustín nos lo recuerda, pidiéndonos que ensanchemos nuestros recipientes dada la importancia de lo que esperamos: *“La vida entera del buen cristiano es un santo deseo. Lo que deseas aún no lo ves, pero deseándolo te capacitas para que, cuando llegue lo que has de ver, te llenes de ello. Es como si quieres llenar una cavidad, conociendo el volumen de lo que se va a dar; extiendes la cavidad del saco, del pellejo o de cualquier otro recipiente; sabes la cantidad que has de introducir y ves que la cavidad es limitada. Extendiéndola aumentas su capacidad.”*⁶. ¿Qué deseamos nosotros? ¿No es acaso vivir y anunciar la Esperanza del Evangelio?

Mi primer editorial en *AA-Info* se titulaba: *“Dar un paso más”*. No es que ignore las dificultades y los azares de la vida. Pero estoy convencido de que eso es lo que deseamos. He aquí lo que escribía entonces, y lo repito ahora porque lo llevo en el corazón:

“¿Quién lo ignora, quién no lo ve o no lo presiente? Nuestra Iglesia pasa momentos turbios. La inestabilidad del mundo afecta a todas las capas de nuestras sociedades. Y vivimos en una incertidumbre perpetua sobre el mañana. Nuestra congregación no está exenta. Sí, ‘dar un paso más’, es nuestro deseo, que debería ser también nuestra oración (‘Tu deseo es tu oración’, decía San Agustín – comentario al Salmo 37), todo eso deberá pasar por un cedazo que exigirá de nosotros una conversión. Este Dios que nos llama y nos envía, en alianza con nuestros hermanos y hermanas laicos, para ser signos de esperanza, nos dice: ‘No temáis, yo estoy con vosotros’ (Jeremías 42, 11)”.

⁶ Agustín de Hipona, *Homilías sobre la 1^a epístola de Juan*, Tratado IV, 6.

Esta promesa fue renovada por Jesucristo: “*Y he aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo*”. (Mateo 28, 20).
¿Quién nos ha dicho que esto era el fin del mundo? Esta vida, aunque frágil y vulnerable, todavía nos merece la pena vivirla.

II. LA CULTURA DE «LOS CUIDADOS»

La nota positiva que cierra esta presentación de la realidad nos lleva necesariamente a la siguiente pregunta: ¿cómo es posible eso? Fue ciertamente una coincidencia providencial que celebráramos nuestro Capítulo General mientras la Iglesia se preparaba para el Sínodo sobre la Sinodalidad. Este acontecimiento, de gran importancia, no puede quedar sin algún eco. Aunque todavía falten otras asambleas para concluir ese proceso, ya se han dicho cosas y se han presentado propuestas que nos permitirán avanzar como Iglesia. Sin duda, otros sectores de la sociedad también podrían beneficiarse de ello. Me parece que, entre las llamadas de este Sínodo, hay algunas que pueden ayudarnos a *cuidar de* nosotros mismos, de los demás, de nuestra vocación, de nuestra misión. Esto requiere de nosotros una conversión a ciertas disposiciones o actitudes indispensables, como la humildad y la escucha mutua.

II.1 Cuidar de sí mismo

Si nuestra condición humana y nuestras estructuras están marcadas por la fragilidad y la vulnerabilidad, ¿no es esto una llamada a desarrollar una cultura del “cuidarse”⁷ ? Quizá no hablemos suficientemente de ello, pero me parece importante que nos cuidemos. Todo lo demás depende muchísimo de eso. Cuidar de la integridad de la Creación es amarla; cuidar de los demás es amarlos. Pero la Escritura nos pide que amemos a Dios y que amemos a los demás como a nosotros mismos⁸. Hay comportamientos y actitudes que claramente hacen que quienes nos rodean se pregunten si todavía nos queda algo de amor hacia nosotros mismos. No en vano

⁷ Cfr. *A Culture of Care and Protection. New Challenges for Consecrated Life (Una cultura del cuidado y protección. Nuevos desafíos para la vida consagrada)*, Editado por la Pontificia Comisión para la protección de los menores y la Unión internacional de Superiores Generales, 2023.

⁸ Mateo 22, 39: “Amarás a tu prójimo como a ti mismo”

los latinos tienen la costumbre de decirse “*Cuidate*” al despedirse. Los ingleses dicen “*Take care*”, que significa simplemente “*Cuídate*”. No es un deseo protocolario, es un recordatorio: “*Hermano, hermana, ¡cuídate!*”.

En 2019, debido a la importancia del tema y a la situación de los abusos sexuales en la Iglesia, el Papa publicó una carta apostólica titulada *Vos estis lux mundi* – “*Vosotros sois la luz del mundo*”. En ella, encontramos procedimientos para prevenir y combatir estos abusos que “*ofenden a Nuestro Señor, causan daños físicos, psicológicos y espirituales a las víctimas, y perjudican a la comunidad de los fieles*”. Para evitar que se repitan los abusos en cualquiera de sus formas, es necesaria una “*continua y profunda conversión de los corazones*”. Cuidarse significa emprender deliberadamente este camino de conversión. Esta conversión sólo es posible, prosigue el Papa, por la gracia del Espíritu Santo. “*Sin mí no podéis hacer nada*” (Jn 15,5).

No sólo se perpetran daños físicos, psicológicos y espirituales sobre los demás, sino a veces también nos los causamos a nosotros mismos. A nivel de la Congregación ya se han dado algunas orientaciones. Les recuerdo que hay dos anexos en la nueva *Ratio Institutionis*: “*Acompañamiento y fibra espiritual*” por una parte, y “*Salud y vida religiosa*” por otra. Hay comportamientos de riesgo que son evitables, y en este punto se deben recordar la corresponsabilidad y la vigilancia. “*Cuidar la propia formación es la respuesta que todo bautizado está llamado a dar a los dones del Señor, para hacer fructificar los talentos recibidos y ponerlos al servicio de todos*”⁹.

Jean Monbourquette (en su libro *De l'estime de soi à l'estime du Soi* “*De la estima de sí mismo a la estima del Sí mismo*”) está convencido de que “*la madurez espiritual exige un ‘yo’ fuerte a nivel psicológico y que el crecimiento psicológico del ego se ve*

⁹ CF. *Informe de síntesis, cap. 14, letra a*. Sínodo sobre la sinodalidad (primera parte 2023)

truncado si no se basa en el cuidado del alma o en recursos espirituales”. Esta autoestima, que se compone de amor a sí mismo y confianza en uno mismo, necesita ser trabajada, y este trabajo, según el mismo autor, requiere esfuerzos sostenidos de inteligencia y voluntad. Aceptar recorrer este camino es también cuidar de sí mismo.

Este trabajo de “cuidar de nosotros mismos” debe renovarse cada día. Las realidades que vivimos y encontramos en el camino de nuestra vida personal y comunitaria nos revelan que nada está solucionado de una vez por todas. Tal vez recuerden el cuestionamiento que nuestro fundador se hacía a sí mismo, que puede ayudarnos en nuestro propio camino de cuidar de nosotros mismos, sin lo cual sería ilusorio pretender cuidar de los demás: *“Sé bien o creo saber vagamente lo que quiero hacer, pero nunca he bajado a lo más profundo de mí mismo, nunca me he hecho una idea precisa de los medios que quería utilizar para alcanzar mi objetivo. Hoy, es eso lo que quiero buscar seriamente. Quiero saber claramente lo que soy, lo que quiero ser y por qué medios llegaré a ser lo que quiero ser”*¹⁰.

II.2 Cuidar de los demás

Somos una sociedad vulnerable¹¹. En realidad, no tendríamos que esperar a que Sandra Laugier nos lo dijera, porque parece obvio y, siendo así, ni siquiera se nos debería pedir que cuidemos los unos de los otros, porque debería ser cosa de todos y brotar de forma natural. Sin embargo, ha sido necesaria la pandemia del Covid-19 para poner bien de manifiesto nuestra vulnerabilidad, la de las instituciones y la de las personas. Ahora ya no se cuestiona nuestra interdependencia. Es como si todos estuviéramos en un mismo barco y sufriéramos la misma tormenta, pero en grados diferentes. El espíritu sinodal despierta en nosotros esta interdependencia y nos

¹⁰ E.E. p. 736.

¹¹ Sandra Laugier, *Tous vulnérables (Todos vulnerables)*, Payot, 2012.

llama a apoyarnos mutuamente. Los gritos de los migrantes, de las víctimas de abusos sexuales y/o de abuso de poder, y el número cada vez mayor de pobres no deben dejarnos tranquilos. Nuestro Dios es un Dios liberador, un Dios que cuida continuamente de su pueblo.

Desde el principio, las Actas del 34 Capítulo subrayan esta llamada a cuidar de nuestra casa común y de las personas vulnerables: *“En estos últimos años se ha tomado mayor conciencia de la necesidad de respetar la creación y proteger nuestra casa común. Inscrita en el corazón de la humanidad, la fraternidad impulsa a la acogida de los migrantes, a los esfuerzos por la paz y a la construcción de una sociedad justa, a cuidar de los más vulnerables en tiempo de la pandemia de Covid-19. Hay cristianos de todos los horizontes que están animados por un fuerte deseo de santidad. La Iglesia ha tomado mayor conciencia de la necesidad de proteger a los menores y a las personas vulnerables. También se ha comprometido en un proceso sinodal para reflexionar sobre su propio funcionamiento. Textos importantes del Papa Francisco, que nos invita a una conversión a la ecología integral, han dado aliento a los cristianos para afrontar estos desafíos”*¹²

Con el Año de la Misericordia en 2015, el Papa quiso que experimentáramos el amor de Dios que *“consuela, perdona y da esperanza”*. Espero que no hayamos olvidado el logo de aquel Año de la Misericordia, en el que vemos al Buen Pastor llevando al Hombre (que representa a la humanidad entera) sobre sus hombros, con un detalle importante: uno de los dos ojos del Buen Pastor se confunde con el del hombre, para que el hombre pueda ver como Dios ve. Así pues, puesto que este Dios, al revelarse a Moisés, le dijo: *“Bien vista tengo la aflicción de mi pueblo en Egipto... He bajado para librarle de la mano de los egipcios...”* (Ex 3,7-8), nos está haciendo una llamada también a nosotros. Tal vez sea un buen momento para volver a oír las dos preguntas formuladas por el Papa Francisco en su viaje a Lampedusa, que repite en su mensaje para

¹² Actas del 34 Capítulo General n. 2.

la Cuaresma de 2024: “¿Dónde estás?” (Gn 3,9) y “¿Dónde está tu hermano?” (Gn 4,9):

“Adán, ¿dónde estás?”: es la primera pregunta que Dios dirige al hombre después del pecado. “¿Dónde estás, Adán?”. Y Adán es un hombre desorientado que ha perdido su puesto en la creación porque piensa que será poderoso, que podrá dominar todo, que será Dios. Y la armonía se rompe, el hombre se equivoca, y esto se repite también en la relación con el otro, que no es ya un hermano al que amar, sino simplemente alguien que molesta en mi vida, en mi bienestar. Y Dios hace la segunda pregunta: “Caín, ¿dónde está tu hermano?”. El sueño de ser poderoso, de ser grande como Dios, en definitiva de ser Dios, lleva a una cadena de errores que es cadena de muerte, ¡lleva a derramar la sangre del hermano!”¹³

Es difícil hacer un gesto de amor por los demás si uno no se ama realmente a sí mismo. Santo Tomás de Aquino, comentando el mandamiento “*Amarás a tu prójimo como a ti mismo*”, nos dice que el amor a uno mismo es el modelo del amor a los demás (*Summa Th.*, IIa, Q 26, art. 4). Y en este caso, prevalece en cuanto a los principios. Quienes han perdido la autoestima o el amor a sí mismos (muy distinto del egoísmo) pierden también la capacidad de amar a los demás.

II.3 Cuidar de nuestra vocación y misión

“Todas las familias religiosas han tenido una razón de ser”, nos recuerda nuestro Fundador (E.E. p. 155). ¿Cuál es la razón de ser de nuestra Congregación? El Padre d'Alzon quiere simplemente llamar nuestra atención sobre la grandeza de nuestra vocación. Sí, nos atrevemos a lo imposible, y precisamente eso es lo que nos honra. Es triste constatar que lo que nuestro fundador dijo en su día es aún más

¹³ Homilía del Papa Francisco, campo de deportes “Arena”, Lampedusa, 8 de julio de 2013

real hoy: “Dios está siendo expulsado de los Estados, de la sociedad, de la familia, de las costumbres, es lo que se constata cada día con más claridad. (E.E. p. 156). Si nuestra razón de ser es el *Adveniat Regnum Tuum*, entonces, como dice Emmanuel d'Alzon, nuestra vocación es admirable: “Desde este punto de vista, si es verdad que Dios nos llama, como nosotros confiamos que lo es, nuestra vocación es admirable, tanto por su actualidad como por la grandeza de la meta que le es asignada.” (Ibid.)

Cuidar esta vocación significa recordar cada día lo grande que es, pero también difícil e incomprendida. Existe el riesgo de desviarse, continúa el Padre d'Alzon, “en trabajos útiles, incluso excelentes, pero que nos distraerían de la línea que debemos seguir, de los esfuerzos que debemos intentar y de los éxitos que con la gracia de Dios estamos obligados a proponernos”¹⁴.

Pero, ¿cómo permanecer fieles a esta vocación en un mundo que tiende a borrarla de la lista de prioridades razonables? Me parece que se trata de revisar nuestras opciones y nuestras prioridades apostólicas, para ver si siguen vinculadas a nuestra razón de ser. De velar por que el Reino de Dios, en nosotros y a nuestro alrededor, sea siempre la prioridad que hay que buscar y mantener viva en nuestras comunidades y en nuestras misiones. Esto parece obvio pero, como sabemos, en tiempos de crisis la psicosis desorienta incluso a las mentes más lúcidas. El miedo nos paraliza y la tendencia es hacer lo que hacen los demás, aunque eso nos haga olvidar la intuición original.

Hay que adaptarse al mundo. Nadie lo pone en duda. De hecho, nos gusta decir que somos – o mejor aún, que tenemos que ser – hombres de nuestro tiempo. ¿Qué significa ser un hombre o una mujer de su tiempo? Que por la complejidad de la situación actual no nos extraviemos, tomando hoy la izquierda y mañana la derecha porque ése sería el movimiento de nuestro tiempo. ¿Qué es lo que

¹⁴ Segunda carta al maestro de novicios sobre el advenimiento del reino de Dios a nuestro alrededor (E.E. pp. 155-159)

motiva a “nuestro tiempo” en la toma de sus opciones? Algunos gobiernos están tomando medidas egoístas, sin duda para protegerse. Que no sea el caso para nosotros. ¡Felices aquellos cuyas opciones están motivadas por la búsqueda del Reino de Dios y su justicia!

Nuestra vocación y nuestra misión son tesoros que llevamos en vasijas de barro (2 Cor 4,7). A menudo, cuando los tiempos son difíciles, perdemos el norte y, en la confusión, el hombre tiende a hacer lo que hacen los demás. Pero, ¿qué es lo que determina el comportamiento de los demás? ¿Cómo se pueden tomar decisiones irrevocables o permanentes en tiempos de crisis? Christoph Theobald nos dice que esto requiere un verdadero trabajo espiritual. Lo expresa en estos términos: *“Tomar una decisión irrevocable requiere hoy un verdadero trabajo espiritual. Nuestras sociedades posmodernas tienden efectivamente a hacer que todas las opciones sean provisionales y a sugerir que siempre podemos poner nuestro contador a cero. Sin embargo, hemos de recordar que mantener opciones irrevocables a lo largo de la vida y establecer gradualmente una orientación son la condición sine qua non de una verdadera maduración”*¹⁵. En muchos casos, para evaluar la madurez de un individuo, nos basamos en sus opciones y en su fidelidad a las mismas. *Venga a nosotros tu Reino* es nuestra vocación, nuestra misión, y es admirable. Bienaventurados los que hoy hacen aún más deseable el Reino de Dios.

II.4 Cuidar de la Alianza Laicos-Religiosos.

Y no puedo concluir este apartado sobre las llamadas a ‘cuidar de’ sin hablar de la Alianza Laicos-Religiosos. La impresión que tuve durante el Capítulo General fue que esta Alianza era como un “soplo del Espíritu” sobre nuestra asamblea. Así que tenemos que cuidarla. Ya es una hermosa tradición: la primera semana del

¹⁵ Christoph Theobald, *Vous avez dit vocation ? (¿Ha dicho vocación?)*, Bayard, 2010, p.175.

Capítulo General se pasa “en Alianza”, y la vivimos con gran satisfacción. Crece la toma de la conciencia de que la Alianza Laicos-Religiosos tiene gran importancia para todo el cuerpo asuncionista. El deseo de todos era que esta realidad dé un paso más. Y esta intención ya aparece expresada en las actas de los Capítulos Provinciales y Viceprovinciales. Me alegro de ello.

Sin embargo, en este punto, debemos redoblar nuestros esfuerzos. La realidad de la fraternidad asuncionista en la Alianza podría estar sufriendo las mismas sacudidas que las mencionadas anteriormente. Los grupos no rejuvenecen; el cansancio se instala; pero también, en algunos casos, las relaciones ya no son tan cálidas como al principio. ¿Cómo revitalizar esta Alianza para la Vida y la Misión, allí donde merece una atención especial? Doy las gracias a quienes mantienen el rumbo a pesar de las turbulencias.

En el Capítulo, reconocimos que la fraternidad que ya se vive en la Alianza es un signo de la sinodalidad a la que estamos llamados. Permanezcamos, pues, abiertos a descubrir nuevos caminos por los que puedan conducirnos los laicos. Ya se ha dicho varias veces: en algunas entidades, son los laicos quienes han precedido a los religiosos. Y hoy expresamos nuestro agradecimiento por los resultados de la misión en estas tierras.

Nuestra fraternidad vivida en la alegría es uno de los “lugares privilegiados” para testimoniar la cercanía del Reino. Una Alianza Laicos-Religiosos vivida en la esperanza del Evangelio se convierte en signo, y siento resonar dentro de mí las palabras de Lucien Deiss, que todavía cantamos: *“Qué hermosas son en la montaña las huellas de los que traen la Buena Nueva. Que anuncian la salvación y la paz”*. Esto es mi sueño para la Alianza.

La Alianza es también un lugar de enriquecimiento mutuo. Hoy, nuestro carisma, que es un don de Dios a la Iglesia, *“es recibido, vivido y enriquecido por los laicos que caminan con nosotros en un enfoque sinodal, fundamento de la fraternidad dalzoniana”*. (34 Capítulo General, n. 27). Damos gracias a Dios por ello. En este sentido, retomo aquí el llamamiento que el Papa Francisco hacía a

los participantes en un congreso organizado por el Dicasterio para los Laicos, la Familia y la Vida:

“De hecho, el camino que Dios está mostrando a la Iglesia es precisamente el de vivir la comunión y caminar juntos más intensa y concretamente. La está invitando a ir más allá de modos de actuar autónomos o de caminos paralelos que nunca se encuentran: el clero separado de los laicos, las personas consagradas separadas del clero y de los fieles, la fe intelectual de ciertas élites separada de la fe popular, la Curia romana separada de las Iglesias particulares, los obispos separados de los sacerdotes, los jóvenes separados de los ancianos, los cónyuges y las familias poco implicados en la vida de las comunidades, los movimientos carismáticos separados de las parroquias, y así sucesivamente.

Esta es la tentación más grave en este momento. Queda mucho camino por recorrer para que la Iglesia viva como un cuerpo, como un verdadero Pueblo, unido por la única fe en Cristo Salvador, animado por el mismo Espíritu santificador y orientado hacia la misma misión de anunciar el amor misericordioso de Dios Padre”¹⁶.

Para vivir juntos este camino, son necesarias ciertas disposiciones. Son indispensables. No bastan los buenos deseos, y se requieren ciertas conversiones. Por eso, quisiera ahora subrayar algunas actitudes que considero fundamentales para nuestra familia, porque la realidad que estamos viviendo nos obliga a ello. No será nada nuevo. Pero vale la pena retomarlas aquí.

¹⁶ Discurso del Santo Padre a los participantes en el Congreso para los Presidentes y Referentes de las Comisiones Episcopales de Laicos “*Pastores y fieles laicos llamados a caminar juntos*”, 18 de febrero de 2023.

III. DISPOSICIONES INDISPENSABLES PARA CAMINAR JUNTOS EN ESPÍRITU SINODAL

¿Se puede hablar y emprender un camino en espíritu sinodal sin mencionar antes algunos requisitos previos? El método conocido como “conversación en el Espíritu”, que se utilizó en la primera parte del Sínodo sobre la sinodalidad de octubre de 2023, insistía en considerar al Espíritu Santo como el verdadero protagonista en los intercambios. Leemos en el informe de síntesis que esa experiencia fue buena en general: *“La experiencia de la conversación en el Espíritu ha sido enriquecedora para todos los que han tomado parte en ella. En particular, se ha valorado el estilo de comunicación que privilegia la libertad de expresión de los propios puntos de vista y la escucha recíproca. Esto evita pasar rápidamente a un debate basado en la reiteración de los propios argumentos, sin dejar el espacio y el tiempo para darse uno cuenta de las razones del otro”*¹⁷.

También hay que señalar que este método encontró cierta resistencia por parte de quienes no están acostumbrados a él. Esta resistencia se debe, sin duda, a la ausencia de una serie de requisitos previos que me gustaría comentar a continuación. Se trata de: humildad, confianza, escucha-discernimiento y búsqueda de la unidad. En la Asunción, tenemos que trabajar sobre estos prerrequisitos personalmente y como comunidad. Aprender de nuevo a dejar que el Espíritu Santo ocupe su lugar –porque es Él quien nos ha reunido y enviado– debe convertirse en nuestro trabajo cotidiano.

III.1. La humildad

“Revestíos todos de humildad en vuestras mutuas relaciones”. (1 Pedro 5:5)

¹⁷ Informe de Síntesis, capítulo 15, letra a, 28 de octubre de 2023.

Para no perderme en las múltiples consideraciones desde las que podemos abordar la cuestión de la humildad, he optado por considerar esta definición que, aunque puede no ser la más autorizada en todos los contextos, recoge bien el llamamiento que quisiera lanzar: *“La humildad no consiste principalmente en actitudes que haya que adoptar: expresa una manera de ser y de situarse, la manera como el hombre se considera en la posición que asume en el corazón del mundo y ante Dios. Su dimensión es antropológica; se modula según la orientación de quien la vive y el contexto en el que se integra”*¹⁸.

En el camino que emprendemos como Congregación, en el cumplimiento de nuestra misión y en nuestra vida, debemos volver constantemente a la pregunta “¿Quién soy yo realmente?” y tratar de responderla con toda sinceridad. Esta pregunta nos pone cara a cara con nosotros mismos, cara a cara con los demás y delante de Dios. La sinceridad con la que respondamos a esta pregunta puede reducir significativamente la distancia que a veces existe entre lo que realmente somos y lo que pensamos de nosotros mismos, y también entre nuestro comportamiento observable y la imagen que queremos dar de nosotros con palabras.

Es impresionante ver con qué frecuencia aparece el número 8 de nuestra *Regla de Vida* (“*Nos aceptamos diferentes...*”) en los expedientes que llegan aquí, a Roma, para la admisión a los votos perpetuos y la presentación al diaconado o al presbiterado. Y al mismo tiempo, en nuestras comunidades, asistimos a tensiones que tienen que ver precisamente con este desfase entre las buenas palabras y la realidad, sobre el contenido de este número de nuestra *Regla de vida*. Y, sin embargo, hay un enriquecimiento cuando la vida se transforma por el encuentro con nuevas formas de hacer y de pensar. *“El respeto y la humildad son actitudes fundamentales para reconocer que nos completamos unos a otros y que el*

¹⁸ Mongillo D., *Humilité*, Dictionnaire de la vie spirituelle (*Humildad*, Dictionario de la vida espiritual), Cerf, 1983, p. 52

encuentro con culturas diferentes enriquece el vivir y el pensar la fe de las comunidades cristianas”¹⁹.

Una mirada sincera debe comenzar por nosotros mismos. Quizá sean las falsas ideas e imágenes que tenemos de nosotros mismos las que distorsionan nuestra relación con los demás y con Dios. San Agustín, en una respuesta a un joven (Dióscoro) que le preguntaba cómo crecer en la relación con Dios, daba este consejo bien conocido: *“Si me preguntas qué es lo más esencial en la religión y disciplina de Jesucristo, te responderé: primero, la humildad; luego, la humildad; y tercero, la humildad”*²⁰.

A nivel de nuestra Congregación, no sé si hay una sola Provincia que sea verdaderamente autónoma en todo. Nos necesitamos unos a otros. En nuestro deseo de caminar juntos como un cuerpo, nuestros intercambios de experiencias y capacitaciones deberían tener lugar también en la humildad. Es una virtud que debe acompañarnos en todo, en la vida y en la misión. La humildad es tan importante que nuestro fundador la consideraba fundamental para todo religioso asuncionista: *“De todas las virtudes, ciertamente es la humildad la más indispensable para los religiosos de la Asunción”*. (E.E. p. 48)

¡Que todos seamos protagonistas de la vida y de la misión de nuestra Iglesia! Esta es la llamada del Papa Francisco. Por supuesto, siempre contaremos con la valiosa aportación de expertos en determinadas materias o ámbitos de nuestra vida, pero el lugar de los “no expertos” es igualmente importante. En algunos casos, sólo ya tarde en la vida descubrimos que estos no expertos tienen algo que aportar. Tal vez porque sean expertos en áreas que nosotros no consideramos esenciales. Para dar a cada uno su lugar de

¹⁹ *Informe de Síntesis, capítulo 5, letra e.*

²⁰ Cf. San Agustín, Carta 118, 22.

protagonistas en el camino de la Iglesia y de nuestra familia religiosa, debemos aprender de nuevo a escuchar.

III.2 Escucha y discernimiento

La escucha puede ser un don. Pero también es un arte que se aprende. En la vida, todos tenemos la experiencia de haber recibido la gracia de hablar con alguien que realmente nos escucha, y eso es algo que no tiene precio. Pero también, como religiosos, hemos tenido la experiencia de asistir a reuniones en las que parece como si los intervinientes hubieran venido a participar en una competición, a ver quién ganará o qué grupo se impondrá. ¿Se imaginan con qué ánimo se escucha a los demás en una reunión en la que el objetivo es salir “vencedor” de la discusión?

“El que habla siembra, el que escucha recoge”. Esta frase, atribuida a Pitágoras, subraya la importancia de la escucha atenta, que conduce al enriquecimiento personal. Es cierto que la posibilidad de transformarse gracias a una escucha atenta es innegable. Pero también hemos experimentado la dificultad de escuchar profundamente cuando sentimos que nuestros miedos están a punto de ser tocados. El miedo a escuchar una verdad hiriente pero útil, el miedo a ser llamado al orden, el miedo a perder estima aunque esté asentada en una ilusión.

Evidentemente, la humildad es lo que debería predisponernos a la escucha normalmente, una consciencia equilibrada que nos recuerde lo que realmente somos: indigentes pero también amados por Dios. Madurar nuestro “Sí” al Señor y alejarnos de los “ídolos” se realiza en una actitud de humildad que nos hace decir: “Sí, reconozco mi pecado, reconozco mis limitaciones”.

La escucha requiere el discernimiento que nos inspira el Espíritu Santo. Este discernimiento es el que nos permite actuar según las exigencias del Reino, que es un don y una tarea para la humanidad. Hay muchas voces a nuestro alrededor. Por todas partes surgen “maestros” pidiendo que les sigamos. Es necesario discernir

porque, como bien sabemos, en todo tiempo el hombre está llamado a este discernimiento.

La complejidad de las situaciones que atraviesan el mundo y la Iglesia nos obliga cada vez más a entrar en un proceso de escucha y de discernimiento. Como Asuncionistas, queremos anunciar la esperanza del Evangelio en el corazón de una existencia cotidiana hecha de pensamientos a veces contradictorios, de sentimientos a veces mezclados e incoherentes, de relaciones con los demás a veces difíciles, etc. ¿Cómo escuchar y discernir en este contexto? Si a ello se añaden los obstáculos persistentes debidos a los comportamientos personales y a las estructuras (que pueden conceder favores a determinadas categorías de personas), la obligación de reaprender la “escucha para el discernimiento” no puede aplazarse. Es buena la idea de reunirnos y hablar en comunidad de los prejuicios y estereotipos que obstaculizan nuestro caminar juntos. Pero también aquí se interponen ciertos temores entre los hermanos. Por ejemplo, el miedo a tener que obligarse a un nuevo estilo de vida y de comportamiento.

En el libro de los Hechos de los Apóstoles encontramos un buen ejemplo de comunidad que camina unida a la escucha del Espíritu. *“Mientras estaban celebrando el culto del señor y ayunando, dijo el Espíritu Santo: ‘separadme ya a Bernabé y a Saulo para la obra a la que los he llamado’.* Entonces, después de haber ayunado y orado, les impusieron las manos y les enviaron”. (Hechos 13, 2-3)

Este pasaje ilustra bien la acción del Espíritu Santo, que acompaña a los que se reúnen en el nombre del Señor. Y lo más importante es darse cuenta de que cuando una comunidad (Iglesia local o congregación religiosa), siguiendo el ejemplo de Antioquía, está unida y se deja guiar por el Espíritu de Dios, en la escucha y el discernimiento, se hace más fecunda en su vida y en su misión. Dejémonos guiar por el Espíritu. El Espíritu sabe qué tipo de vida y de misión son necesarias para el mundo de hoy. Continuemos nuestro caminar en la confianza, escuchándonos unos a otros,

porque este Espíritu es libre y habla a través de quien quiere, cuando quiere, como quiere y donde quiere.

III.3 La confianza

Puede que Stephen M. R. Covey tenga razón cuando llama a la confianza “*el único factor que lo cambia todo*”. Hay algo común a todos los individuos, relaciones, grupos, organizaciones, naciones y civilizaciones del mundo entero. Ese algo es la confianza, afirma Stephen Covey²¹. Y, según él, la experiencia demuestra que si esta confianza desaparece, ni siquiera el gobierno más poderoso, la empresa más próspera ni el liderazgo más fuerte pueden evitar la caída.

Vivimos tiempos difíciles. Organizaciones e instituciones que han gozado de una reputación positiva durante muchos años, incluso siglos, están en crisis. Esta carta comenzaba exponiendo esa realidad. Tal situación de crisis explica, en gran medida, por qué hay un cierto debilitamiento gradual de la confianza. Con la crisis de abusos sexuales que atraviesa nuestra querida madre Iglesia, no es de extrañar que se modifiquen ciertas prácticas. En algunas iglesias, por ejemplo, se exige que los confesionarios sean totalmente transparentes para que se pueda ver desde fuera lo que ocurre en ellos.

Las consecuencias de la falta de confianza son muchas: hay tensiones ocultas; rivalidades entre grupos cuyo pensamiento está guiado por la búsqueda de la victoria (tradicionalistas frente a progresistas, etc.); la comunicación se vuelve defensiva; se sospecha de las decisiones y surgen los rumores más disparatados. Durante la pandemia de Covid-19, todos desconfiábamos de algo.

²¹ Stephen M. R. Covey, *El factor Confianza. El valor que lo cambia todo*, Paidós, 2011, p.23. (Título original en inglés: *The speed of Trust*, 2006).

Nos resultaba cada vez más difícil ponernos en manos de otros, confiar en los expertos y asumir riesgos.

El 34 Capítulo General nos ha planteado un reto: la apuesta de la confianza. Esta confianza es necesaria, y sabemos que, según las personas y las circunstancias, su nivel puede ser bajo o alto, y de ella depende enormemente la eficacia. Puesto que queremos continuar nuestro camino como Congregación, la gran pregunta es cómo, en cada uno de nuestros encuentros –personales, comunitarios o de congregación– vamos a inspirarnos, con nuestras palabras y acciones, una confianza que sea verdaderamente enriquecedora.

Los que han vivido en comunidades internacionales se alegran; esta experiencia suele figurar en la lista de “logros”. Pero conocen el precio que hay que pagar para construir la confianza entre hermanos. El retraso, la dificultad y a veces la imposibilidad de este proceso tienen repercusiones en la vida y en la misión. La interculturalidad, como hemos comentado en varias ocasiones, sigue siendo para muchos religiosos un proceso más deseado que vivido. Lo ideal sería que todos, en todas las comunidades, se sintieran como que están en su casa. Porque, como dice Chris Lowney, esto podría hacer aún más atractiva la pasión misionera. Cuando el individuo considera el mundo entero como su hogar, puede contemplar con confianza, interés y optimismo las nuevas ideas, culturas, lugares y oportunidades²². ¡Cuánta energía desperdiciamos, simplemente por no tener confianza!

Se dice que la confianza no excluye la vigilancia. Por supuesto, no les estoy invitando a una confianza ingenua. De hecho, la confianza ingenua ha estado en el origen de ciertos abusos que ahora lamentamos. Por desgracia, en tiempos difíciles, la confianza es una actitud reservada a los más audaces. Por eso insisto en ella. Hagamos de ella una característica asuncionista para estos nuevos

²² Cf. Chris Lowney, *El Liderazgo al estilo de Los jesuitas*, Ed. Norma, 2004, p. 337.

tiempos. Ser hombre de nuestro tiempo significa también estar atento a los signos de Dios, porque es Él quien guía la historia.

Los participantes en el 34 Capítulo General estaban convencidos de que el Reino de Dios que queremos anunciar está ya entre nosotros. Para cada tema abordado, comenzábamos contemplando los signos del Reino en medio de nosotros. No olvidemos eso. Una de mis convicciones más profundas es que la Asunción es obra de Dios. Las grandes realizaciones que han resultado de las “pequeñas siembras” de unos y otros a lo largo de la historia no deben considerarse como resultados de una pericia puramente humana, sino más bien como pruebas de la acción de Dios. Y lo creemos firmemente: lo que Él fue en el pasado, lo es hoy y lo será mañana. Esta es la clave para incrementar nuestra confianza en Dios, en los demás y en nosotros mismos.

Arranquemos las “malas hierbas” de la desconfianza, la sospecha y la rivalidad y abracemos la cultura de la confianza. Esta confianza fortalecerá nuestra unidad y seremos aún más eficaces como trabajadores del Reino. Por desgracia, estas “malas hierbas” abundan en nuestras comunidades. El Padre d'Alzon, en una instrucción que dio a las Religiosas de la Asunción y repitió más tarde para las Oblatas, llamaba la atención de nuestras hermanas sobre esta cuestión, y se aplica hoy a nosotros si queremos que nuestro poder de actuación como obreros por el Reino se vea duplicada:

“Cuando se quiso construir una iglesia en las montañas cercanas a Nimes, hubo que traer cemento romano, porque los vientos allí son tan violentos que los muros construidos con cemento ordinario se derrumban. Si en la santa Iglesia hay edificios expuestos al soplo del demonio, son con toda seguridad los conventos de los religiosos y de las religiosas. Se necesita cemento muy fuerte para resistir a sus ataques. El de la unidad,

*de la caridad. Sed unas en vuestro espíritu, en vuestro trabajo y vuestro poder de acción se verá redoblado*²³.

Quizá un último punto sobre este aspecto, y es más bien una pregunta: ¿es posible inspirar confianza? En otras palabras, ¿cómo podemos desarrollar la confianza entre nosotros? Sin duda hay muchos elementos a tener en cuenta a este respecto. Pero permítanme destacar sólo uno, por el momento. Se trata de mostrar buena voluntad. Uno de los ingredientes más eficaces para ganar o recuperar la confianza es, sin lugar a dudas, la benevolencia. Consiste en desear sinceramente el bien a la otra persona y demostrarlo. Esto se aprecia cuando hay una cierta coherencia entre lo que decimos y lo que hacemos, y que perdura, a pesar de las dificultades que surgen. Como ven, no se trata sólo de pedir confianza a los demás, sino también de ofrecerla. Y así, la confianza mutua será la llama de nuestra fraternidad en la vida y en la misión.

²³ *Escritos Espirituales*, p. 707.

IV. LA VIUDA DE SAREPTA: ¿UN PARADIGMA?

La historia del encuentro entre el profeta Elías y la viuda de Sarepta puede servir de base para desarrollar ciertas actitudes, pero también para crecer en la fe en Dios, especialmente en su Providencia. Es cierto que nuestra situación no es todavía comparable a la del profeta Elías, que tuvo que huir del rey Acab para salvar la vida, ni a la de la viuda de Sarepta, a la que sólo le quedaba un puñado de harina en una vasija y un poco de aceite en un jarrón: era su última comida. Pero este relato del 1er Libro de los Reyes es estimulante:

“Al cabo de los días se secó el torrente, porque no había lluvia en el país. Le fue dirigida la palabra de Yahveh a Elías diciendo: «Levántate y vete a Sarepta de Sidón y quédate allí, pues he ordenado a una mujer viuda de allí que te dé de comer». Se levantó y se fue a Sarepta. Cuando entraba por la puerta de la ciudad había allí una mujer viuda que recogía leña. La llamó Elías y dijo: «Tráeme, por favor, un poco de agua para mí en tu jarro para que pueda beber». Cuando ella iba a traérsela, le gritó: «Tráeme, por favor, un bocado de pan en tu mano».

Ella dijo: «Vive Yahveh tu Dios, no tengo nada de pan cocido: sólo tengo un puñado de harina en la tinaja y un poco de aceite en la orza. Estoy recogiendo dos palos, entraré y lo prepararé para mí y para mi hijo, lo comeremos y moriremos». Pero Elías le dijo: «No temas. Entra y haz como has dicho, pero primero haz una torta pequeña para mí y tráemela, y luego la harás para ti y para tu hijo. Porque así habla Yahveh, Dios de Israel: No se acabará la harina en la tinaja, no se agotará el aceite en la orza hasta el día en que Yahveh conceda la lluvia sobre la haz de la tierra. Ella se fue e hizo según la palabra de Elías, y comieron ella, él y su hijo. No se acabó la harina en la tinaja ni se agotó el aceite en la orza, según la

palabra que Yahveh había dicho por boca de Elías". (1Reyes 17:7-16)²⁴

IV.1. Las tentaciones en tiempo de crisis

Una de las características de una crisis es que puede sumirnos en un cierto pánico. Es como estar en un punto de inflexión en el que no hay alternativas. El momento es decisivo y uno se queda paralizado. Al principio, el profeta Elías fue enviado a un lugar cerca del torrente donde podía beber y donde un pájaro podía proporcionarle pan. Pero, desgraciadamente, como la sequía persistía, el arroyo se secó. Entonces Elías fue enviado a Sarepta, donde una viuda extranjera debería cuidar de él. ¿Cómo no pensar que es el final? Pero Elías puede atreverse porque había experimentado lo que Dios es capaz de hacer. (Los cuervos le traían de comer...)

La viuda de Sarepta también se encuentra en una situación dramática. La mujer que debe salvar al profeta no tiene nada. Sólo tiene lo que le quedaba para una última comida antes de morir. Sí, la angustia existencial nos sume muy fácilmente en el derrotismo: *“Vive Yahveh tu Dios, no tengo nada de pan cocido: sólo tengo un puñado de harina en la tinaja y un poco de aceite en la orza. Estoy recogiendo dos palos, entraré y lo prepararé para mí y para mi hijo, lo comeremos y moriremos”*.

Nuestro fundador, el P. Manuel d'Alzon, pasó por momentos difíciles en su vida. La vida de fe está llena de imprevistos. En la serie de los “Cuadernos del bicentenario d'Alzon 2010”, los miembros del Consejo General de entonces tuvieron la buena idea de reflexionar sobre lo que llamaron los *Momentos decisivos del camino de santidad de Manuel d'Alzon*. Así, los años 1852-1858 fueron muy turbulentos para nuestro fundador, a casi todos los

²⁴ La traducción española es la de la Biblia de Jerusalén 1975, al igual que las demás citas bíblicas de este documento.

niveles (salud física, problemas financieros en el colegio de la Asunción, estancamiento del número de religiosos...). Sólo para que nos hagamos una idea de sus angustias, he aquí lo que decía en una carta a Germer-Durand: *“Mi querido amigo, he llegado al final del combate, y no salgo vencedor. Contaba con un último apoyo, y al llegar aquí me encuentro con una carta que me quita toda esperanza. Dios lo quiere, sin duda, pues me parece que puedo darme el testimonio de haber luchado hasta el último momento”*²⁵. Estamos acostumbrados a compartir las palabras de nuestro fundador que hablan de su pasión por el Reino de Dios, de su fe firme y de sus llamadas a la santidad y a la perfección. Pero también vivió momentos muy difíciles, con la tentación de bajar los brazos y dimitir. Sin embargo, como sabemos, esos momentos penosos se transformaron en experiencias que le llevaron a una “conversión espiritual”. Comprendió que, al final, era Dios quien dirigía su obra.

Un día, un hermano me preguntó cómo veía el futuro de la Congregación. El resto de nuestra conversación me hizo comprender que aquel hermano sentía una especie de nostalgia por el pasado glorioso de la Congregación, cuando aún teníamos “grandes intelectuales” como Georges Tavard (ecumenismo y espiritualidad), Bruno Chenu (eclesiología y ecumenismo), Goulven Madec (San Agustín), etcétera. Sí, damos gracias a Dios por lo que consiguieron aquéllos, como obreros del Reino, pero también estoy convencido de que la generación actual puede, igualmente –en otros registros sin duda–, hacer gloriosa la página actual de la historia de nuestra Congregación. No hay ninguna razón para caer en el pesimismo.

IV.2 La viuda de Sarepta: pobre pero generosa

Es cierto que la impresión de una cierta pobreza a nivel financiero y de personal cualificado para responder a las necesidades de nuestras grandes obras –como Bayard y en nuestras obras

²⁵ Carta a Eugène Germer-Durand, 1 de julio de 1857.

educativas, a nivel universitario sobre todo– puede infundirnos temor. A nivel del Consejo General ya hemos empezado a reflexionar sobre este tema. De hecho, no es nada nuevo, y fue también una preocupación de mis predecesores. Pero, ¿qué podemos hacer para no quedarnos eternamente en piadosos deseos?

San Agustín hace una hermosa interpretación del gesto de la viuda de Sarepta cuando dice precisamente que ella pensaba que estaba buscando leña para preparar su última comida, pero en realidad había encontrado una vida nueva. Y San Agustín interpreta lo que le sucedió a la viuda no como un don, sino como una señal:

*“Salió a coger dos maderos, y entonces la vio Elías. El hombre de Dios la veía precisamente cuando ella buscaba dos maderos. Aquella mujer era una imagen de la Iglesia. Dado que dos maderos forman una cruz, a punto de morir buscaba lo que la haría vivir por siempre”*²⁶.

La llamada a “unir fuerzas” está siendo formulada en todos los sectores. Tanto a nivel de la Iglesia universal como en las congregaciones, esta llamada es cada vez más urgente. A nivel de nuestra Congregación, la llamada se ha formulado en términos de “mutualizar nuestros recursos”. Sería necesario que nos pongamos de acuerdo sobre lo que esto significa, para que lo entendamos todos igual y, sobre todo, para que entremos en el espíritu que hay detrás. Esta puesta en común no debe verse como un último recurso, porque no habría otra alternativa, sino como una intuición fundamental que nos lleva a donde deberíamos estar. Lo que no podemos lograr solos, tenemos que hacerlo juntos.

“¿Qué puede haber más feliz que esta pobreza?” exclama de nuevo nuestro patriarca. Sí, una pobreza que no nos encierra en nosotros

²⁶ San Agustín, Sermón 11 (traducción Pío de Luis, OSA, en https://www.augustinus.it/spagnolo/discorsi/discorso_012_testo.htm)

mismos por miedo a morir es una pobreza feliz. Las iniciativas tomadas en el pasado, que han conducido a una nueva toma de conciencia sobre la necesidad de poner en común nuestros recursos humanos y materiales, deben ser valoradas por partida doble: por una parte había ideas, y por otra, hermanos de buena voluntad que creían en ellas. Los progresos han sido significativos. Damos gracias a Dios por ello. Pero debemos seguir esforzándonos para movilizarnos de manera aún más concreta. Mi predecesor, el P. Benoît Grière, ya nos llamaba a ello en el prefacio de las Actas del 33 Capítulo General de 2017: *“La corresponsabilidad, la subsidiariedad y la mutualización sólo serán posibles si cada uno se compromete a vivir la catolicidad en su plenitud. Hay que hacer caer los particularismos que enclaustran y rechazan la diversidad”*.

Una vez más, habrá que volver sobre la humildad como virtud fundamental, especialmente en este tiempo de crisis. Todos somos pobres de alguna manera. Esta es una actitud importante, porque los pobres no dan de lo que les sobra, sino que lo hacen como gesto de amor. Como bien sabemos, ¡la forma de dar vale más que lo que se da! Así que hagámonos pobres, o mejor aún tal vez, reconozcámonos pobres, para que nuestro don sea un gesto de amor que nos haga progresar en las cuatro llamadas del 34 Capítulo General: a la fraternidad, a la misión, a la formación y a la santidad.

IV.3 Arriesgar gestos de amor y de fe

En este último punto quisiera enumerar, en breves párrafos, algunos aspectos o situaciones en los que estamos llamados a intensificar nuestros esfuerzos. Una vez más, nada es nuevo; pero el hecho de volver sobre ellos pone de relieve algunas preocupaciones y el deseo de ponerles remedio para atrevernos a avanzar, porque esto es fundamental. Evidentemente, he elegido estos puntos, entre tantos otros, por haber sido formador (antiguo maestro de novicios), pero también por mi deber de vigilancia como Superior General.

Arriesgar un gesto de amor a Jesucristo. “Por amor a Jesucristo y para extender su Reino, yo...”: esta parte de la fórmula de la profesión es fundamental. Todo debe comenzar por esto y terminar también en esto. Así se comprende fácilmente que la primera pregunta, en la ficha que propone la *Ratio Institutionis* para la evaluación de un novicio previa a su compromiso en la vida religiosa, sea: “¿Está Cristo en el centro de su vida?”. ¿Qué gesto de amor he arriesgado que expresa este deseo de poner a Cristo en el centro de mi vida?

Muchos ídolos se han sentado al volante de nuestra vida. A veces somos conscientes de ello, y otras veces no. Como maestro de novicios, yo decía a menudo a los jóvenes que el objetivo de la formación es precisamente ayudarnos a identificar esos ídolos y a liberarnos de ellos. Sólo después de este proceso podemos decir que estamos preparados para la vida y la misión como discípulos de nuestro Señor. “*Si os mantenéis en mi Palabra, seréis verdaderamente mis discípulos, y conoceréis la verdad y la verdad os hará libres*”²⁷. En este pasaje, Jesús está hablando a los judíos que habían creído en él. Yo imagino simplemente que Jesús los estaba llamando entonces a seguirlo, y sabía que esas personas necesitaban ayuda para convertirse en verdaderos discípulos. Y, según Jesús, la ayuda consistía en exponerles a la *Verdad*, que no era otra que Él mismo.

Arriesgar un gesto de amor por la Iglesia: No hace ninguna falta explicar por qué la llamada a arriesgar un gesto de amor por nuestra madre, la Iglesia, es hoy más urgente que nunca. Posiblemente conocen la carta 243 de san Agustín. Este ejemplo puede bastar para recordarnos algunas de las razones por las que debemos renovar nuestro amor a la Iglesia y arriesgar por ella gestos de amor. La carta 243 es la respuesta de san Agustín a alguien que había decaído en su determinación de permanecer en el monasterio, por las difíciles situaciones que atravesaba su familia (su madre sobre todo). Agustín le recuerda una verdad que este joven parecía

²⁷ Jn 8, 31-33

ignorar: *“La madre Iglesia es también madre de tu madre. Ella os concibió de Cristo, os dio a luz en sangre de mártires, os parió a luz sempiterna, os nutrió y nutre con la leche de la fe...”*.

De la respuesta de Agustín se desprenden tres cosas: la Iglesia es nuestra madre, la Iglesia también atraviesa momentos difíciles y la Iglesia nos necesita. ¿Por qué no nos preguntamos cómo y con qué gesto podríamos ser discípulos del P. d'Alzon, afirmando con él: *“El amor a la Iglesia, la defensa de sus derechos, el estudio de sus enseñanzas, la santidad de sus miembros, la extensión de sus límites, he ahí mi meta, ya que al consagrarme a la Iglesia me consagro a la obra por excelencia de Jesucristo”*²⁸. Somos hijos y herederos de un fundador que amó a la Iglesia de todo corazón.

Quizá no podamos hacer gestos espectaculares para expresar nuestro amor a la Iglesia, nuestra madre. Pero un gesto aparentemente banal, como negarse intencionadamente a reenviar por las redes sociales mensajes que claramente forman parte de una campaña para denigrar a la Iglesia, es también un gesto de amor.

Arriesgar un gesto de amor a mi Congregación. Hemos hablado del sentido de pertenencia a la Congregación. Les voy a contar un secreto: si quieren darme gusto, díganme simplemente: *“Amo a la Asunción, amo a mi Congregación”*. Cada vez que veo esto en las solicitudes y autoevaluaciones de los hermanos, me encanta. Y rezo para que sea verdad. *“Quiera Dios que dure”*²⁹.

En una homilía, el Papa Francisco se hacía una pregunta y él mismo respondía diciendo: *“Si alguien me preguntara: ¿Cuál cree usted que es la desviación que amenaza a los cristianos hoy y siempre? ¿Cuál cree que sería la desviación más peligrosa para los*

²⁸ *Escritos Espirituales*, p. 622.

²⁹ En una carta a la Madre María Eugenia de Jesús (27 de marzo de 1861), el Padre d'Alzon habla de los progresos, sobre todo espirituales, que muchas hermanas (Religiosas de la Asunción de Burdeos) han hecho en su vida. D'Alzon se alegra y dice: *“¡Quiera Dios que dure!”*

*cristianos? Diría sin duda: la falta de memoria de pertenencia a un pueblo*³⁰. Análogamente, ésta es quizá también la desviación que nos amenaza a nosotros como Asuncionistas. ¿Cuál es el nivel de mi sentimiento de pertenencia a mi Congregación, una Congregación que tiene una historia, un carisma, una misión? ¿Cómo me siento preocupado por sus proyectos e integrado entre sus miembros? La crisis del sentimiento de pertenencia es muy peligrosa.

Nuestro deseo es que este nivel de pertenencia a la Asunción sea cada vez más alto. Pero no olvidemos que esto implica un compromiso. Un gesto de amor que podemos hacer por nuestra Congregación sería que cada uno de nosotros se comprometiera, de obra y de palabra, a hacer que nuestros hermanos se sientan respetados y acogidos, para que aumente su sentimiento de pertenencia. No sólo su pertenencia a la Congregación, sino también a la familia del Pueblo de Dios. Rezo para que, en los próximos días, la frase “*Este hermano ama a la Asunción*” sea la más mencionada en los diversos informes que lleguen a Roma. Todo es posible si nos atrevemos a hacer gestos de amor a nuestra familia, por ejemplo manifestando nuestra disponibilidad para las diversas misiones de nuestra Congregación.

¿Estoy dispuesto a arriesgar un gesto de amor y de fe, como la viuda de Sarepta?

³⁰ Homilía del Papa Francisco en la capilla de la Casa Santa Marta, jueves 7 de mayo de 2020.

CONCLUSIÓN

Si me piden que resuma esta carta y lo que me ha impulsado a escribirla, puedo simplemente repetir las palabras de nuestro patriarca San Agustín: *“Corren malos tiempos, los tiempos son difíciles, dice la gente. Vivamos bien y los tiempos serán buenos”*. (Sermones 80, 8). En este sermón, san Agustín comentaba un pasaje del Evangelio según san Mateo en el que Jesús reprocha a los discípulos su falta de fe. *“Entonces los discípulos se acercaron a Jesús en privado y le dijeron: “¿Por qué nosotros no pudimos expulsarle?”. Díceles: “Por vuestra poca fe. Porque os aseguro: si tenéis fe como un grano de mostaza, diréis a este monte: ‘Desplázate de aquí allá’, y se desplazará; y nada os será imposible”*. (Mateo 17, 19-20)

Mis pocas visitas y encuentros personales –en particular con los responsables de algunas entidades territoriales de nuestra Congregación– me bastan ver que sería ilusorio creer que no existen preocupaciones graves que deban inquietarnos. Eso es lo que he querido expresar en esta carta. Pero, al mismo tiempo, quiero mantener una sana distancia para no caer ni en un alarmismo excesivo ni en un optimismo ingenuo. No soy un futurólogo; soy un hombre de fe consciente de nuestra realidad.

He participado en reuniones de Superiores Generales aquí, en Roma, en las que la llamada a “caminar juntos” se hace oír como una de las vías obligadas para hacer frente a los retos que se nos presentan. Aunque parece que estamos de acuerdo, persisten los debates y las propuestas en torno a la pregunta “¿Qué significa caminar juntos? Con esta carta, sin pretender responder a esa importante cuestión, he querido más bien que nos dispongamos a buscar condiciones de posibilidad para este “caminar juntos”. Se impone una cierta conversión en nuestro modo de ser y de hacer las cosas, y a ello nos exhorta quizá San Agustín: *“Vivamos bien, y los tiempos serán buenos”*.

Espero que no hayan leído esta carta como un artículo científico que presentara una tesis sobre un tema de actualidad, sino más bien como el mensaje de un compañero en la vida y en la misión siguiendo a Cristo. Sé que están todavía comenzando a llevar a la práctica las orientaciones del 34 Capítulo General de nuestra Congregación. Dejémonos conducir por el Espíritu. El dinamismo de la vida cristiana en general y de la vida religiosa en particular proviene del Espíritu Santo. En el libro de los Hechos de los Apóstoles, vemos precisamente cómo el Espíritu Santo actúa en los momentos fuertes de la misión.

En la Misa del 2 de febrero de 2022, celebrando la XXVI Jornada Mundial de la Vida Consagrada, el Papa Francisco, exhortaba a las personas consagradas a estar atentas “*a las mociones interiores del Espíritu*”, y formulaba esta pregunta con la que concluyo mi carta: “*Preguntémonos entonces: ¿por quién nos dejamos inspirar principalmente?; ¿por el Espíritu Santo o por el espíritu del mundo*”³¹.

³¹ Homilía del Papa Francisco en la fiesta de la Presentación del Señor, Basílica de San Pedro, Roma, 2 de febrero de 2022.

*“Oh Jesús, tú nos llamas,
a formar un mismo cuerpo,
a permanecer siempre fieles,
todos unidos en nuestros esfuerzos.*

*Que nada separe nunca
a los que quieren servirte,
sino que tu amor
se apodere de nuestros corazones para unirlos³²*

P. Ngoa Ya Tshihemba, a.a.
Superior General

19 de mayo de 2024,
Solemnidad de
Pentecostés

³² En *Ensemble. Recueil œcuménique de chants et prières (Colección ecuménica de cantos y oraciones)*, Bayard, 2002. Canto: *OJésus, tu nous appelles (Oh Jesús, tú nos llamas)*. Texto de Nikolaus Ludwig von Zinzendorf.

ÍNDICE

| | |
|--|-----------|
| INTRODUCCIÓN..... | 3 |
| I. DE CARA A LA REALIDAD | 6 |
| I.1 Este mundo creado por Dios “se calienta” | 6 |
| I.2. La Iglesia a la que amamos está en crisis..... | 8 |
| I.3 Nuestra Congregación no está exenta | 10 |
| I.4 La fragilidad como condición de lo humano y de toda estructura..... | 13 |
| II. LA CULTURA DE «LOS CUIDADOS»..... | 16 |
| II.1 Cuidar de sí mismo | 16 |
| II.2 Cuidar de los demás | 18 |
| II.3 Cuidar de nuestra vocación y misión..... | 20 |
| II.4 Cuidar de la Alianza Laicos-Religiosos..... | 22 |
| III. DISPOSICIONES INDISPENSABLES PARA CAMINAR JUNTOS EN ESPÍRITU SINODAL | 25 |
| III.1. La humildad | 25 |
| III.2 Escucha y discernimiento..... | 28 |
| III.3 La confianza | 30 |
| IV. LA VIUDA DE SAREPTA: ¿UN PARADIGMA? | 34 |
| IV.1. Las tentaciones en tiempo de crisis | 35 |
| IV.2 La viuda de Sarepta: pobre pero generosa | 36 |
| IV.3 Arriesgar gestos de amor y de fe | 38 |
| CONCLUSIÓN | 42 |

Agustinos de la Asunción
Via San Pio V, 55
I - 00165 Roma
Tel.: +39 06 66013727
E-mail: Assunzione@mclink.it